

"Los aforismos de Pinazo". Texto publicado en *Archivo de Arte Valenciano* (1987), por el profesor y académico Dr. Román de la Calle y cuyas páginas son reproducidas a continuación.

LOS AFORISMOS DE PINAZO

A la hora de contextualizar la figura de Ignacio Pinazo Camarlench, no sólo en su vertiente estrictamente creativa —como pintor— sino también en una más amplia faceta humana, es de sumo interés el manejo y conocimiento de lo que, de algún modo, podría entenderse como la "colección de sus escritos".

Sin duda cuando se investiga la biografía humana de un artista suele ser un buen contrapunto el hecho de poder disponer de toda una serie de textos suyos, aunque a veces en su mayoría sean meramente coyunturales, casi repentinamente en su registro y anotación, fragmentos de curiosos "diarios" personales o algo semejante a un archivo de correspondencia, mientras que —en ciertos casos— podrá tratarse también de escritos de reflexión, de autocrítica o incluso de algunos estudios referentes a otros artistas coetáneos o distintos antecesores que merecieron la predilección de sus respectivos autores.

Tales documentos de primera mano ayudan sobremedida no sólo a puntualizar ciertas claves básicas relativas a las biografías humanas sino también a justificar asimismo los propios *biografías* artísticas, estando como están tan íntimamente conectadas entre sí unas y otras.

En el caso concreto de Pinazo Camarlench, que ahora nos ocupa, podríamos clasificar los escritos suyos, que han llegado hasta nosotros, en una serie provisional de apartados diferentes. Así por una parte estarían los textos de *correspondencia*, que no sólo nos dan una idea de las relaciones familiares y sociales mantenidas por Ignacio Pinazo a lo largo de su existencia sino que, sobre todo, nos clarifican las acuciantes preocupaciones cotidianas que la vida de los Pinazo experimenta y cómo él mismo —aun veces con resignación y ascetismo y otras con no oculta vehemencia e insatisfacción— sabe o debe encajarlas y asumir las.

Por otro lado tendríamos los escritos de corte prioritariamente académico. En especial nos referimos al texto de su discurso de ingreso en la Real Academia de San Carlos de Valencia, leído en la sesión inaugural del curso de 1896-97, celebrado el día 4 de octubre, y que sin embargo no sería publicado hasta el año 1915 (en contra de lo habitual), siendo recogido, en este sentido más bien de coyuntura, en el primer número de esta misma revista académica, *Archivo de Arte Valenciano*, aparecida precisamente en ese año.

Existen, además de la versión "definitiva", dos variantes breves de dicho escrito, que, a modo de ensayos previos, ya marcan el carácter y la orientación reclusiva que iba a tener tal discurso, titulado por el mismo Pinazo *De la ignorancia en el arte*, con dura y evidente intención polémica.

Por último tenemos también un amplio repertorio de anotaciones y pensamientos, que como aforismos y repeticiones muy variadas y heterogéneas nos dan una amplia idea tanto de sus reacciones emotivas, como de sus aspiraciones, afinidades y rechazos, donde incluso deja "manifiesto" en múltiples ocasiones las claves de su radical esimismo personal y especialmente su inconformismo junto a una muy particular ironía, generalizada frente a la realidad del entorno.

Registradas a menudo en los más variados soportes, muchas de estas anotaciones aparecen redactadas en recibos, sobres, márgenes de cartas, telegramas, ejemplares de prensa, etc., y raramente van fechados sus diversos contenidos, que sólo a veces gracias a los soportes mismos y teniendo en cuenta su respectivo origen pueden datarse aproximadamente.

En la oportuna y permanentemente selección de textos, recogida por Vicente Aguilera Cerní en su fundamental monografía sobre Pinazo (1), aparecen estos escritos breves ordenados —de acuerdo con su respectiva orientación y contenido— precisamente según los siguientes epígrafes: "El yo y lo otros", "Entre tensiones y conflictos", "Arte y artistas" y "Meditaciones de un inconformista", sumando en este sentido un total de casi cuatrocientas anotaciones, que en conjunto constituye ciertamente el mejor "mosaico biográfico" de su tensión y sinceridad personal y el más adecuado espejo para desarrollar su íntimo *avoverrato*, básico y sin duda complementario —como contrapunto— de cuantos registró (numerosos, como es sabido) con su inquieta y vital paleta.

Ciertamente no se prodiga Pinazo en observaciones técnicas respecto al quehacer pictórico (como suele hacer otros artistas), ni tampoco —por lo general— en relación a planteamientos teóricos de alcance. Frente a ello su independencia, sus luchas internas y su inconformismo —como ya hemos apuntado— se mantienen constantes siempre en su pluma tanto como en sus pinceles y apuntes directos del natural. Difíciles que al igual que su libreta de dibujos no le abandonó nunca, en su constante necesidad de registrar la vida que le rodeaba, tampoco dejó de reseñar sus pensamientos en esporádicas pero insistentes anotaciones.

Incluso cabría hacer una especie de paralelismo entre las líneas fundamentales de su "duro" discurso académico y los

(1) PINAZO, Vicente García Editores, Valencia, 1987

diversificados contenidos que van desgarrando paulatinamente sus "aforismos". Hay perfecta coherencia entre ambos desarrollos. De este modo su sinceridad viene a ser la ventana por donde, ante todo, se hace patente el rechazo que le caracteriza frente a la situación tanto artística como social que le rodea y donde se refleja claramente su poética independencia.

En esta línea de cuestiones podemos constatar, de inmediato, el rigor con que él mismo se autocensura, consciente de que no siempre es fácil y posible enarbolar y mantener, a ultranza, la enseña de tal independencia.

Esa sinceridad se refleja, sin duda, cuando con acritud escribe: *Por una peseta he pintado melancólicamente y hasta mal, y me he hecho viejo antes de tener algún tiempo para pintar más constantes observaciones. // No se puede vivir. Hay demasiados cuadros que sólo sirven para comer y beber.*

Asimismo reconoce la exigencia del estado de tensión que necesita para responder debidamente al esfuerzo creativo: *¿Quién sabe si yo, a mi modo, soy hombre de lucha! Los halagos me pierden; no sé pintar más que cuando nadie se acuerda de mí. Con elogios soy mal pintor; para pintar he de tener disgusto, nada de alegría. // Cuando se me considera un gran pintor tengo miedo de pintar; pero tengo valor cuando no. Para pintar mejor, basta que digan que lo hago mal. // Muchas veces se engañan quienes creyendo que, de no tener que pensar en las necesidades de la vida, pintarían mejor; y sin embargo teniendo que recurrir forzosamente a su trabajo para atender a aquéllas, es cuando precisamente se crean las obras más geniales.* (Fragmento, éste último, del discurso académico).

Sin embargo es en el uso de las paradojas y de la ironía donde la agudeza de Pinazo pesa a primer plano, sobre todo cuando reflexiona acerca de sí mismo en relación al dudoso reconocimiento que le brindan los demás: *He sufrido tanta gloria en este país que el infierno me debe saber a gloria. O cuando subraya: Nunca han hecho mayor elogio de mí que en un momento que me creyeran un mal pintor. // El que no tiene enemigos, está muerto. Todo se hace y se ha hecho por y para los enemigos. // Yo soy discípulo de todos. Por eso pinto mal alguna vez; soy también discípulo de los malos...*

Tampoco faltan perplejidades en este rosario de aforismos, donde se reflejan ciertamente, y quizá sobre todo, las circunstancias más difíciles: *Parece que el hombre en sí no vale nada; el valor se le da la castina de los demás. Una obra que no tenga admiradores no vale dinero y un hombre que no tenga gente está solo.*

No obstante siempre parece resacaerse de ese síndrome pesimista respaldándose en su constatado inconformismo: *Yo doy el fruto de mi tiempo, pero no cuando quieren los demás; no soy oportunista. Y no a plazo fijo como los vege-*

tales. Y es que posiblemente, ante los múltiples silencios e incomprensiones, el propio Pinazo no dejaba de apostar por el futuro: *Depositamos en las obras lo que somos, por eso la posteridad no se equivocará al juzgar, pues ha de juzgar no las "apariencias" del autor sino su "ser" cuyas perfecciones y defectos va depositando en sus manifestaciones artísticas.*

Numerosas son asimismo las ocasiones en que Pinazo hace directa referencia a la intrínseca dificultad del quehacer artístico, reiterando observaciones en este sentido tanto en el texto definitivo del "discurso académico" como en sus glosas. *El arte no sólo es difícil, bien puede decirse que raya en lo imposible, diría en aquella intervención suya, oponiendo entonces agudamente lo que él denomina la "difícil facilidad" (conseguida con la mutua unión de los medios naturales propios de la sensibilidad personal y los medios técnicos desarrollados gracias al estudio y a la preparación) frente a lo que califica de "fácil facilidad", lograda exclusivamente con la habilidad mecánica.*

Porque para Pinazo el arte es, no lo perfecto, sino lo perfectamente imperfecto, haciendo clara referencia a ese punto fundamental de lo "non finito", capaz de captar precisamente con esa fuerza de lo inacabado la mejor expresión de la obra —como tal— concluida.

Las cosas no se deben acabar. Se deben dejar según el saber de cada uno, porque —insiste Pinazo— el arte no es perfecto, es bello. No cabe la perfección en lo que palpita, es lo que se siente. // Una cosa acabada es igual a otra, como lo perfecto. Mientras que el arte es algo mucho más infinito y sólo la intuición puede comprender el misterio de lo que no tiene fin. Un fin siempre en marcha hacia el fin de lo bello, no de lo perfecto. // Pero ni el principio ni el fin de ese más allá puede comprenderse, pues la idea del arte se respalda en el infinito, aunque no lo crean así aquéllos que consideran como meta del arte el dibujo "acabado", como ellos dicen, y el color más o menos "fino". // Qué lejos están éstos de empezar a entender el sublime objeto del arte! (Fragmento de la versión definitiva del discurso).

Pero es sobre todo frente al mundo académico y ante la crítica oficial contra quienes más acremente reacciona Pinazo a lo largo y ancho de todos sus textos. Así en el amplio escrito *De la ignorancia en el arte* arremete a diestro y siniestro contra críticos, académicos de turno y oportunistas, deslindando la ignorancia de los no entendidos de la otra docta ignorancia de quienes creen dominar y conocer el arte, estando totalmente lejos de ser tales concededores, pero influyendo y dominando, desde posiciones extra-artísticas, el desarrollo del mercado, de las exposiciones nacionales y de los premios oficiales...

Como es sabido no le faltaron a Pinazo reconocimientos a su quehacer, pero extemporáneamente y "con calzafor", reflejándose esta incomprensión en su curriculum, en sus escritos y en sus estrecheces domésticas. También es cierto

que con frecuencia se hizo más hincapié en sus aportaciones más "solemnes", de caño histórico o respecto a ciertos trabajos de encargo, subrayando de algún modo un virtual eclecticismo (que habría que matizar mucho, en justicia), antes que a sus auténticos valores creativos, su viveza, su capacidad de captar el costumbrismo en elaboraciones llenas de inusual fuerza y originalidad.

De este modo anota entre sus aforismos: *No quiero verme manoseado por los críticos y que me digan equívocamente que valgo más (o menos) que fulano. Si los críticos hicieran como yo, no harían tanto mal. Yo me reconozco y pinto poco para hacer menos mal. Y este poco lo hago para comer.*

Y explicita mucho más sus pensamientos en estos párrafos: *Juzgar con sinceridad y sin apasionamiento una obra artística y particularmente un cuadro, apreciar y leer en él con claridad de entendimiento y sin prejuicios, es en la actualidad —y en pintura— un hecho tan raro como frecuentes son los elogios y alabanzas que, asumiendo formas muy diversas y a veces envueltas con el ropaje de la hipocresía o del maquiavelismo, caen como semilla bien elegida sobre la opinión pública y germinan rápidamente con el auxilio de esa palanca de poderoso esfuerzo y rápidos efectos que, rompiendo toda serie de obstáculos, llega por fin triunfante y gloriosa hasta el trono donde por doquier se rinde hoy culto a la diosa "publicidad".* (Segunda variante del discurso académico de 1896).

La ignorancia del arte cultivada en la prensa periódica produce con frecuencia frutos verdes o podridos, según las circunstancias; rara vez encontramos en ellos la madurez de juicio que exige el examen de un cuadro, y las consecuencias lamentables de semejante cultivo están en relación directa y en consonancia con la preponderancia cada día más pujante del periodismo y con la fiebre cada vez más alta del deseo de publicidad, llevada a veces hasta el ridículo por gentes ajenas o no al arte, pero con suficiente desenfado para estampar sin escrúpulo en las columnas de tal o cual revista o periódico toda suerte de ideas y frases que no tienen ni pueden tener en "pintura" la significación que quieren atribuirles, para que, unidas con gran acopio de frases laudatorias y calificativas retombantes, formen un núcleo luminoso cuyos destellos a modo de aureola sirvan de marco laudatorio. (Ibid.).

Tampoco deja de tener particular interés el comentario de Pinazo, dirigido a cierto personaje o coleccionista de la época: *Dice que no le gusta la pintura de mengano y se gasta no obstante seis mil duros en él; puede entonces que le guste la mía, porque no se gasta en mí ni un céntimo. // El vulgo casi siempre está dispuesto en contra de las obras de arte, y en especial de aquellas que pasan de su alcance, pues no quieren tomarse el trabajo de procurar comprenderlas. Sin embargo como consolándose añade: Muchas obras son*

como las putas: seducen al primer momento, pero como es fácil conocerlas pasas pronto...

Otro tanto irrisiste Pinazo contra lo que domina la perfecta ignorancia del ilustrado: *Lo académico no es humano, es alegórico. Vive de la pose y por eso en realidad no vive. // No falta quien ha hecho del arte un método rutinario o un simple "modus vivendi". Ese es el resultado de la falta de maestros y la sobra de profesores.*

De hecho la relación de citas sería, en este sentido, prácticamente interminable, fastigando Pinazo con auténtica dureza el ámbito de la crítica, del mundo académico y el reducto de los jurados, de las exposiciones oficiales y premios institucionales de la época, por lo que ya con las aquí aportadas consideramos sobradamente ejemplificada esta actitud independiente y contestataria de Ignacio Pinazo Camarlench.

Tampoco falta en sus observaciones el sentimiento palpable de que en muchos aspectos él se consideraba precursor de lo que (tan ambigüamente en la literatura crítica de la época) se entendería como "modernista". La oposición entre "rancieros" y "modernistas" aparece a menudo en sus aforismos. Pero ¿qué entendía realmente Pinazo por "modernista"? En una de sus observaciones anota: *El modernista no tiene la ciencia de la luz y de la instantánea. No es, por tanto, difícil reconocer la adscripción de este concepto al influjo novedoso de cierto impresionismo muy sui generis.*



Interior de la Alquería. Ignacio Pinazo

El mismo se explaya ampliamente: Empecé pintando impresiones hace cuarenta años. Tuve que dejar esto porque los que hoy las hacen con aplauso de todos, fueron los que me perdieron. Y ahora no hay quien se acuerde de que fui el más modernista, cuando me llamaban rancio. // Instantáneas son mis tablitas. No tiene menos importancia un cuadro pequeño que uno grande. Este suele ser aparatoso, como las películas de crimenes que son las preferidas. Síe

embargo yo dejé lo preferido por lo modesto y por lo bello de nuestras costumbres y vida, porque aquí es donde surge lo imprevisto, lo que todos hacemos y vivimos sin darnos cuenta. Cuando empecé a pintar predicaba la nota de color; la nota de color, porque la forma ya estaba fotografiada. // Los colores son lo bueno del cuadro si, después de pintar, no se ven los colores. // Los que creen que el aire libre es más difícil, no saben lo que dicen. De hecho en todas partes hay aire; y la luz es lo que se pinta.

Era sin duda consciente Ignacio Pinazo no sólo de su labor artística sino también de su tarea testimonial respecto al momento en que vivía. *Costumbres de los pueblos y de las personas... Somos informadores gráficos y buscamos con los colores la luz; y en la forma rastreamos el alma, lo íntero. Somos complementarios del poeta y del literato.*

De alguna manera esta especie de florilegio de citas, extraídas de los textos de Pinazo, puede habernos dado una idea aproximada de su compleja personalidad, pero quizá

ciere adecuadamente estos párrafos el fragmento que concluye una de las partes del estudio que —como monografía— Vicente Aguilera Cerni le dedica: “En sus distintas facetas, Pinazo, además de alcanzar altas cumbres, abrió horizontes que fueron desaprovechados o superficialmente explotados. Como casi nunca se amparó en el tamaño, ni en lo impactante, ni en lo estético, ni en los recursos literarios, no se le contempló con la devota y reposada atención que reclamaba su profundidad. Pintura y vida fueron en él sufrimiento y angustiada promoción. Fueron testimonio inconformista. Fueron fermento transformador en manos de un rebelde para el que lo non-finito expresaba la oculta tortura y el ansia de concebir la infinitud, como la vida intenta alcanzar la intuición de la muerte. Y es que quizá la nada y el infinito sean en realidad el último y definitivo mensaje de la poética pinaziana”.

ROMÁN DE LA CALLE